

A CABALLO POR TIE MATZATLINCAS Y TA

José Schravessandé
Cabalgatas La Sierra
pepeq@cabalgatasla.sierra.com
www.cabalgatasla.sierra.com
Federación Mexicana de Cabalgatas
cabalgatas.mexico@gmail.com

“Y vino nueva que había venido un español y que había llegado a Taximaroa en un caballo blanco, y era la fiesta de Purecoraqua –a veinte y tres de febrero (SIC)– y estuvo dos días en Taximaroa y tornóse a México. Desde a poco vinieron tres españoles con sus caballos y llegaron a la ciudad de Michoacán, donde estaba el cazonci. Y los españoles, antes que se fuesen, llevaron dos indias consigo, que le pidieron al cazonci de sus parientas, y por el camino juntábanse con ellas y llamaban los indios que iban con ellos a los españoles, tarascue, que quiere decir en su lengua yernos. Y de allí ellos después empezáronles a poner este nombre a los indios y en lugar de llamarlos tarascue, llamáronlos tarascos, el cual nombre tienen ahora y las mujeres tarascas. Y córrense mucho de estos nombres, dicen que de allí les vino, de aquellas mujeres primeras que llevaron los españoles a México, cuando nuevamente vinieron a esta provincia”.

Relación de Michoacán



TERRAS RASCAS



Realizar un viaje a caballo emulando aquel recorrido que en la primavera de 1520 consumaron los soldados enviados por el conquistador Hernán Cortés, para dar razón de las tierras dominadas por el “Cazonci” Zuangua y su hijo Tangaxoán II, enemigos acérrimos del “Tlatoani” Moctezuma Xocoyotzin. Organizar una cabalgata partiendo de tierras matzatlincas en las estribaciones del Volcán Nevado de Toluca, para marchar por los montes del Eje Neovolcánico hasta llegar a la ribera del Lago de Pátzcuaro, en lo que fue la cuna de la civilización tarasca. Con estas dos proposiciones, surgidas en una charla entre dos correligionarios mientras disfrutaban de la campiña mexicana a lomos de sus caballos, dio inicio lo que sería una aventura ecuestre por las tierras occidentales del Estado de México y el oriente del Estado de Michoacán.

Utilizando cartas geodésicas del INEGI, se realizó una exhaustiva investigación de gabinete para encontrar rutas transitables sobre antiguos caminos de herradura y veredas de uso local, evitando los caminos asfaltados. El resultado, pintado con plumones de colores sobre una serie de mapas que cubrían la totalidad de la enorme mesa del comedor de la Finca Enyhé, fue un recorrido de doscientos sesenta y cinco kilómetros con constantes y pronunciadas variaciones de altitud, en rangos que van de los mil metros sobre el nivel del mar hasta cimas superiores a los tres mil metros. Con esta información en mano, se realizaron varias visitas a las distintas zonas del recorrido, con el fin de conocer gente de a caballo que proporcionara informes acerca del estado de las veredas locales y ubicara potreros o corrales donde los caballos estuvieran en condiciones de seguridad para pernoctar. Del mismo modo, se encontraron mesones y posadas donde hospedar a los jinetes con comodidades elementales: una sabrosa cena, una cama confortable, agua caliente para la ducha mañanera y un desayuno servido antes de la salida del sol.

Resuelta la logística, se diseñó la estrategia de la cabalgata y se preparó un equipo de apoyo que, con el auxilio de modernos elementos mecánicos y electrónicos, estuviera capacitado para resolver cualquier tipo de contin-

gencia. El grupo conformado por el guía, su compañero de aventuras y ocho jinetes extranjeros iría acompañado por tres caporales; uno a cargo de un caballo de repuesto y los otros llevaban del cabestro sendas mulas cargadas con hielera y alimentos para los almuerzos, así como botiquín de emergencias, instrumental de albeitería, equipo de herraje y herraduras, cuerdas, hachas, talachos y varias otras herramientas de trabajo que se consideró podrían llegar a requerirse a lo largo del recorrido.

El recorrido

La aventura inició al amanecer del penúltimo sábado previo al solsticio de invierno de 2005. La mañana fría, típica de la zona montañosa en las faldas del Xinantécatl, dio la bienvenida al grupo de dieciséis miembros con un piso cubierto la crujiente e invisible escarcha provocada por el fenómeno que los campesinos conocen como “helada negra”. Entre resbalones de los pencos y exclamaciones vehementes del alma de los jinetes que los montaban, transcurrieron los primeros quince minutos de la cabalgata, recorriendo besanas de milpas con rastros fantasmales, bordeadas de espinosas magueyeras con sus quiotes en flor.

Al despuntar el sol, pocos jinetes tuvieron sosiego para apreciar la belleza del paisaje que los rodeaba. Una vez que el camino se adentró en un denso bosque de oyameles, tanto jinetes como bestias respiraron hondo y se dio por salvada la primera prueba del recorrido sin haber sufrido bajas.

La vieja trocha maderera descendía paulatinamente hasta llegar al fondo de una cañada, donde brillos luminosos y resplandores plateados daban cuenta de un pequeño arroyo que corría entre los guijarros sin que los jinetes escucharan el ruido del agua. Los caballos de la vanguardia, extrañados por los contrastes de luz, se negaban a cruzar el líquido congelado, mientras que los jinetes de la retaguardia, entre gritos y sombreros, azuzaban a los reacios para que avanzaran.

Aprovechando una zona sombreada carente de los deslumbrantes brillos, un jinete motivó a su cabalgadura para que brincara y tras él saltaron otros nueve animales. El alazán que montaba el caporal a cargo del caballo de



repuesto también saltó el arroyo congelado con la intención de seguir al grupo, pero el penco que venía de mano seguía desconfiado por los misteriosos resplandores que lo rodeaban y decidió volver grupas cuesta arriba. La rapidez y habilidad del caporal para echarle dos vueltas a la riata detuvieron en seco al rocín irredento obligándolo a regresar y así, remolcado a cabeza de silla, saltó como si fuera chivo, pasando más de un metro por encima del peligroso enemigo plateado.

El resto de la mañana fue una gradual pero constante cuesta arriba. La caballada demostró estar en magníficas condiciones físicas, llevando, sin fatigas, sus respectivas cargas hasta una altitud de 3,434 metros sobre el nivel del mar. Un alto obligado para resolver necesidades fisiológicas fue aprovechado para contemplar, desde las alturas, el paisaje del valle de Toluca cruzado por docenas de carreteras. El aire limpio y frío permitía ver con suma claridad la cordillera del Monte de las Cruces, al otro lado del valle, mientras que las torres de las iglesias

esparcidas por doquier parecían estar todas ellas a tiro de piedra.

En medio de tupidos bosques, descendiendo por una vereda transitada por recuas de burros y mulas cargados con morillos, leña y vigas, la ruta llegaba a un pequeño valle, donde un centenar de borregas pastaba tranquilamente. Este paisaje bucólico resultó apropiado para disfrutar de un delicioso almuerzo campirano, traído en las alforjas de las mulas y calentado en las brasas del fuego, que había encendido el pastor de las borregas para combatir el frío de la montaña.

Compartidos pan y vino con el pintoresco personaje, la comitiva cruzó el vallecito evitando las peligrosas madrigueras de las tuzas, ocultas entre las soromutas, adentrándose de nuevo en el bosque. Un claro en la vegetación permitió ver a lo lejos un enorme valle; minutos después, la caballada lo cruzaba con un acompasado galopito rancheero. Los jinetes recibían en la cara el saludo de una helada y fina aguanieve que no ameritaba el uso de las mangas pero calaba en las mejillas y las manos.



Un tanto entumidos por el frío, los jinetes desmontaron al llegar a unas rústicas caballerizas construidas con costeras de tronco de pino y techo de tejamanil. El personal de apoyo estaba listo para recibir a los caballos y hacerse cargo de sus monturas, ofreciéndoles abundante agua, grano y forraje; amén de una buena ayateada, para quitarles las costras de sal que se habían formado al secarse el sudor.

La noche transcurrió en confortables habitaciones de lujo en la Finca Enyhé y temprano, por la mañana, el grupo de cabalgadores estaba listo para reanudar el recorrido a través de una campiña salpicada de tonalidades: amarillos de la hierba de Santa María, morados del mirasol, rojos de la salvia, verdes tiernos de la avena en crecimiento y dorados ocres de las tlazoleras que estaban siendo cosechadas por mujeres y niños, acompañados por unos cuantos hombres encargados de realizar los pesados trabajos de acarreo de la costalera.

En varias ocasiones, se cruzaron arroyos con aguas cristalinas y los caballos pudieron apaciguar su sed en ellas, en tanto los jinetes hacían lo mismo con las cantimploras que, previsoramente, cargaban en sus alforjas. El sol brillaba en lo alto del cielo azul y el viento transportaba aromas que embriagaban los sentidos, haciendo muy agradable el recorrido que discurría entre montañas bajas, valles agrícolas, joyas empastadas y allá, a lo lejos, entre los árboles, en dos o tres ocasiones se llegó a vislumbrar un lago que los jinetes reconocieron como la presa de Valle de Bravo. Esta segunda jornada terminó con la puesta del sol y los caballos amarrados al cobijo de enor-



mes pinos que susurraban al compás del viento. Los jinetes nuevamente pasaron la noche en la siempre acogedora Finca Enyhé.

De antemano se sabía que la tercer jornada, de Valle de Bravo a Zitácuaro, iba a ser larga; ocho o nueve horas bien cabalgadas, más el tiempo necesario para un almuerzo caliente a media carrera. Los bosques cubiertos por pinos, encinos y madroños se entreveraban con pequeños claros sembrados con papas, chícharos, habas y tomates. Después de cruzar un ancho río, donde las frías aguas le colmaron los botines a más de un jinete descuidado, la vereda discurría por las faldas de la montaña forjando caprichosas vueltas, de forma que los jinetes de la vanguardia y la retaguardia se encontraban de frente separados únicamente por unos cuantos metros de diferencia de altitud, lo cual aprovechaban para lanzarse mordaces y peyorativos dichos o en su defecto, silenciosos proyectiles creados con las piñas de los ocotes o las chicuas secas que colgaban de los encinos.

Una interminable senda cuesta abajo puso sobre aviso a los jinetes de lo que les esperaba más allá. Las vueltas en zigzag eran cada vez más cerradas y pronunciadas. El ambiente bochornoso, cargado del calor y humedad que subían del fondo de la hendedura, hacía sudar a jinetes y caballos por igual. El rumor del agua que corría por la hondonada se transformó en un bramar que aturdía los oídos y el cielo azul desapareció bajo capas de distintos tipos de vegetación. Los caballos se daban sentones y resbalones al por mayor y a pesar de ello, sin detener su caballo ni atender las riendas para diri-

girlo, el guía trabajaba a marchas forzadas macheteando hierbas y ramas que habían invadido la vereda. Finalmente, al fondo del enorme barranco, los caballos tuvieron un efímero momento de descanso para abreviar unos cuantos sorbos y cruzar el caudaloso torrente antes de iniciar el ascenso.

Del otro lado de la cañada el atajo se angostaba y por él escurría agua de varios manantiales que alimentaban el afluyente, dificultando el movimiento de los cuacos. Los charros no dejaban de utilizar las espuelas alentando la marcha de los pencos en la pesada cuesta arriba, en tanto que el vapor que se desprendía del conglomerado humano y animal daba cuenta del enorme esfuerzo que se realizaba. ¡En más de tres ocasiones hubo que hacer alto en el camino para que las bestias pudieran resollar! El tramo final resultó el más difícil, los caballos se enterraban hasta las rodillas en un banco de lodo barroso, entre bufidos y resoplidos salieron todos los binomios salpicados, sin que orejas ni sombreros se lograran salvaguardar.

Sorteado el lance sin sufrir percance, se dejó caminar a la manada a su tranco por un buen trecho, y tan pronto el sudor y el lodo se secaron, se limpiaron sombreros y chamarras. Una vez repuesta la tropilla, y al amparo de un ancho camino de tierra suave y nivelada, el guía propuso: “Vamos echando una galopiadita, a ver hasta dónde les aguanta el aliento a estos mesteños.” Veinte minutos después, la caballada estaba nuevamente sudada y con el resuello agitado, por lo que se decidió hacer un alto en el camino para reponer energías con una sabrosa taquiza

de maíz azul con chicharrón guisado en salsa de tomate verde y chile morita, acompañada por cervezas frías traídas en la hielera a lomos de una de las mulas de carga.

La tarde con sus luces sepias y sombras alargadas alcanzó al contingente en las lomas que rodean a Zitácuaro. El estrecho camino empedrado con cantos pulidos por el río se delimitaba por bien armados tecorrales que bordeaban huertas de durazno, guayaba, chirimoya, pasiflora, níspero, higos y naranjas. Los jinetes alcanzaban las frutas a la pasada y éstas se convirtieron en un sabroso refrigerio previo a su llegada al poblado de San Pancho. Las huertas se transformaron en casonas campestres que evocaban tiempos idos, teniendo como remate la antiquísima iglesia dedicada al culto de San Francisco de Asís. El camino corría ahora ribeteado por buganvillas, copas de oro, plumbagos y madreselvas, de las cuales emanaban perfumes y aromas que hicieron las delicias de los viajeros. El empedrado llevó a los peregrinos haciendo quiebres y más quiebres, como si de un laberinto se tratara, hasta llegar finalmente a un muy bien cuidado jardín donde los jinetes desmontaron y el personal de apoyo se hizo cargo de los animales. ¡Una cena con sabores afrancesados acompañada con vino de La Rioja y servida al calor de una fastuosa chimenea fue el espectacular remate de un inolvidable día montando a caballo entre cerros y cañadas de la campiña mexicana!

Si quieres saber cómo concluye esta cabalgata, entra a www.cabalgatasla-sierra.com y disfrútala en todo su esplendor.